

Seminario de Popayán en 1726. Se trata de un auténtico producto de los contenidos y de los métodos de la pedagogía colonial. De allí que en el capítulo VII de su obra, que trata sobre el tema, se pueda contrastar la erudición en el conocimiento de lenguas como el latín, indispensable entonces para los estudios de las "ciencias de Roma", con la ignorancia en materia de explicación de los fenómenos naturales.

El inicia este capítulo, titulado "De los vientos y situaciones de las ciudades de este Nuevo Reino, de lo que son lenguas y sus cómputos y distancias, y de otras observaciones" con una sonora cita de Horacio:

*Navita de ventis de Tauris  
narrat athort et numerat miles  
vulnerat Pastor oves.* [pág. 111].

Para luego pasar a afirmaciones como:

*...en las tierras de oro son más  
frecuentes los rayos. Las exha-  
laciones que son más líquidas y  
raras y sutiles suben, dicen, a la  
primera región y allí se encien-  
den y alumbran hasta que se  
consumen, y éstas de ordinario  
son los cometas que aparecen y  
no nuevas estrellas. Que estos  
cometas denoten muertes de  
hombres grandes, no sé por qué  
se atribuye, sino es que enton-  
ces esté el aire más grueso y  
bilioso por razón del cometa...*  
[pág. 113].

Cuando el cura Oviedo, un representante de los estamentos ilustrados de la Nueva Granada, hacía tan descabelladas suposiciones, al lado de otras sobre la "común cuenta que le señala al mundo 4.000 años desde la Creación hasta la venida de Cristo Nuestro Señor" (pág. 117), ya Johannes Kepler había escrito, más de cien años atrás, en 1609, que:

*En relación con las opiniones  
de los santos acerca de esos  
asuntos de la naturaleza, res-  
ponderé sencillamente que en  
teología sólo es válido el peso  
de la autoridad, pero en filoso-*

*fía solo cuenta el peso de la  
razón. Pues en efecto, santo fue  
Agustín, que admitió la redon-  
dez de la Tierra pero negó que  
existieran los antípodas. Sacro  
es el Santo Oficio de nuestros  
días, que admite la pequeñez de  
la Tierra pero niega su movi-  
miento: pero para mí, más sa-  
grado que todo eso es la ver-  
dad, cuando yo, con todo el  
respeto hacia los doctores de la  
Iglesia, demuestro a partir de la  
filosofía que la Tierra es re-  
donda, habitada en toda su  
redondez por antípodas, de una  
pequeñez casi insignificante y  
que se mueve velozmente entre  
las estrellas*<sup>2</sup>.

Este desfase en el conocimiento entre los neogranadinos letrados y la intelectualidad europea de la época es un hecho que se revela incluso, aunque en menos notoriedad, a las diferencias entre españoles y americanos. Oviedo, al escribir su obra, se hace lenguas de toda clase de prejuicios, suposiciones y aun infundios, recogidos entre la gente común de entonces. Por eso el texto resulta matizado con gran dosis de lo que podría llamarse "ingenuidad tardía", ya que se maravilla con acontecimientos que pudieron resultar sorprendentes para los cronistas del siglo XVI, pero para mediados del siglo XVIII denotan ignorancia en cuestiones claramente establecidas —amén de deficiencias en el sistema educativo—. Prueba de ello es el "Informe rendido por el Mariscal de Campo D. Antonio Manso, como Presidente de la Audiencia del Nuevo Reino de Granada, sobre su estado y necesidades en el año de 1729"<sup>3</sup>, que es un modelo de objetividad e información bien fundada, sin caer en las exageraciones y falsedades que caracterizan —sobre todo en los primeros ocho capítulos— a la obra del cura Oviedo.

A pesar de estas deficiencias, es de utilidad para el estudioso que logre superar la monotonía de las repeticiones cuando comience la lectura de los capítulos sobre los curatos, que son los más valiosos de todo el libro. E incluso, como hemos visto, las

imperfecciones y limitantes del escrito de don Basilio Vicente de Oviedo proveen material para un estudio sobre educación e historia de las ideas entre la clarecía de la Nueva Granada en el siglo XVIII. En fin, debe congratularse a la gobernación de Santander por la reedición de este valioso texto.

GERMÁN PATIÑO O.

<sup>1</sup> Víctor Manuel Patiño, *Recursos naturales y plantas útiles en Colombia. Aspectos históricos*, Bogotá, Colcultura, 1977. Véase también su *Historia de la actividad agropecuaria en la América Equinoccial*.

<sup>2</sup> Johannes Kepler, *Nueva astronomía*. Pasaje citado por Arthur Koestler en *Los sonámbulos*, t. II, Barcelona, Salvat, 1986.

<sup>3</sup> Germán Colmenares, *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*, t. I, Bogotá, Banco Popular, 1989.



## Clérigo, liberal y senador

Importante recuperación documental y de bastante actualidad

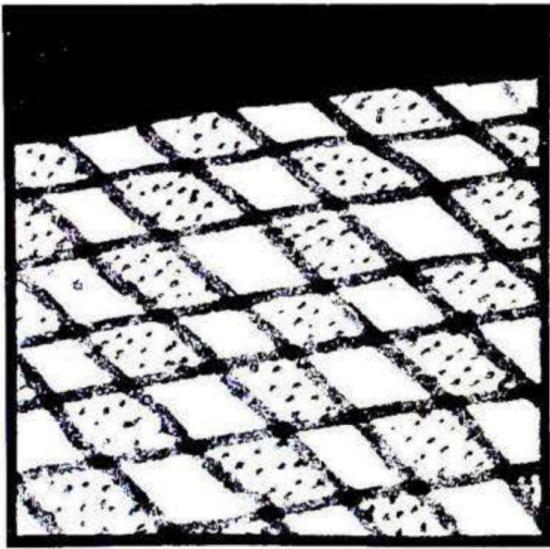
### La democracia en San Gil

José Pascual Afanador

Colección Memoria Regional, Gobernación de Santander, Bucaramanga, 1990, 122 págs.

Con el libro *La democracia en San Gil* se inician una serie de publicaciones sobre historia regional santandereana, de las cuales se han lanzado al

mercado los primeros siete títulos. El libro comentado constituye, precisamente, el primero de esa serie. En realidad es difícil elaborar una reseña sobre un texto escrito a mediados del siglo XIX, en medio del fragor político e ideológico originado en el país luego de la formación de los partidos políticos. Porque el texto señalado es una pieza que se inscribe en el gran debate adelantado en diversas regiones del territorio nacional a raíz de los sucesos políticos de la llamada Revolución de Medio Siglo. De ahí el tono polémico empleado por su autor, un clérigo liberal que representaba los intereses de la Sociedad Democrática de Artesanos de San Gil.



El libro es presentado por el historiador estadounidense Richard Stoller, uno de los contadísimos investigadores preocupados por el estudio de la historia de Santander, región que, a diferencia de Antioquia o del Valle, no ha contado con estudiosos que se preocupen por desentrañar sus formas de evolución histórico-cultural. Stoller se viene a sumar a David Johnson, que realizó hace algunos años el único estudio sistemático sobre Santander en el siglo XIX. Stoller adelanta en la actualidad una investigación sobre el mismo período. Aunque a esa reducida producción historiográfica moderna le agreguemos las investigaciones de Horacio Rodríguez Plata o la novela *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama, podemos concluir que el conocimiento de la región es bien pobre. Y ese resultado es todavía más desalentador si se tiene en cuenta que en el siglo XIX Santander fue uno de los

estados más importantes por una serie de procesos de gran significación, entre los que cabe mencionar: la influencia del radicalismo, el peso de las artesanías regionales en la economía nacional, el impacto del libre-cambismo, las guerras civiles, la producción cafetera, etc. Lo mismo podemos decir del siglo XX, porque hoy se sabe que la violencia, tanto en la república liberal como en el decenio de 1950, fue particularmente drástica en el departamento, sin que hasta ahora exista un solo estudio sobre esa temática que tantas investigaciones ha generado para otras regiones del país.

En primer lugar se debe hacer referencia a la singular personalidad del autor del texto comentado. José Pascual Afanador reunía condiciones inesperadas: clérigo, liberal, senador y simpatizante de los artesanos. Acostumbrados, como estamos, a la visión monolítica de las relaciones entre Iglesia y Estado durante el siglo pasado que considera al clero como un continuador natural del partido conservador, puede resultar sorprendente que Afanador reuniera esas características. En realidad, el caso de este clérigo no fue único, aunque mirando en su conjunto la panorámica de la acción de la Iglesia sí se puede considerar como excepcional. Desde luego que una personalidad tan polifacética le da un valor singular al libro.

La obra reseñada —que adicionalmente tiene el valor anecdótico de ser el primer libro publicado en territorio de lo que es hoy el departamento de Santander, al decir de Stoller— está formada por una serie de cartas públicas dirigidas a la “Nobleza Sangileña”, con un marcado tono autobiográfico. Por medio de las cartas, escritas todas ellas en 1851, podemos conocer una serie de datos acerca de las actividades de Afanador. Sabemos que fue educado en un colegio de Bogotá, que desde joven simpatizó con las doctrinas liberales —antes que se fundara el partido liberal—, que ejerció el curato en varias localidades del país hasta llegar, en el momento de escribir las cartas, al municipio de San Gil. Y en ese municipio se atrevió a desafiar en

tono abierto, polémico y sin ambages a los que él venía a considerar como los “enemigos” de la democracia. Habría que recordar, para entender el debate que impulsa Afanador, que en el año considerado, 1851, estamos en pleno auge de las Sociedades Democráticas, y todavía se sienten en los círculos artesanales e intelectuales, sobre todo el partido liberal, los distantes ecos de la revolución francesa de 1848. Implícitamente los artesanos defendían una posición espontánea de democracia que resultaba ser más amplia que la visión formal e institucional que defendían las elites liberales y conservadoras \*. Para Afanador, como buen receptor del mensaje popular de los artesanos, el problema de la democracia radicaba en que la nobleza de San Gil, también perteneciente al partido liberal, veía con temor cualquier acción popular que pretendiera criticar la riqueza como fundamento de la participación política. Concretamente, Afanador sostenía: “No era natural ni posible [...] que los dogmas de libertad, igualdad, fraternidad, fuesen desde luego reconocidos, ni mucho menos practicados por hombres que se hallaban tan fuertemente adheridos a su nobleza, títulos, prerrogativas, riqueza, vanidad, orgullo i descomunal soberbia” (pág. 20).

En esa afirmación se adoptaba una noción popular de democracia, que superaba la visión estrecha y mezquina de las clases dominantes de San Gil y del país y que simplemente refrendaba uno de los principios de la Sociedad Democrática de San Gil: “Ningún título de nobleza hereditaria, distinción de sangre, color o familia, será respetado ni admitido por la Sociedad; pues ésta reconoce el principio de eterna verdad, que los individuos de la especie humana son hermanos como hijos i descendientes de un solo padre” (pág. 23).

Fueron justamente los postulados de la Sociedad Democrática los que aterraron a los nobles de San Gil, que en respuesta inician un virulento ataque personal contra Afanador, acusándolo de enriquecimiento fácil y de no cumplir con sus deberes de religioso. Pese al tono personal de la respuesta de los nobles de San Gil, se

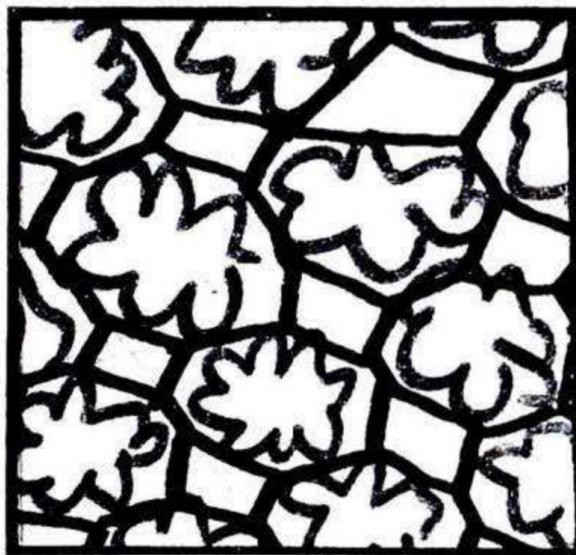
alcanza a vislumbrar su concepción de democracia, si se considera, por ejemplo, que sus miembros formaban parte de una sociedad elitista denominada La Estrella del Norte, que se había constituido como respuesta a la Democrática y que en su programa afirmaba: "La Sociedad ejercerá una propaganda contra las doctrinas disolventes del comunismo i contra las impracticables teorías del socialismo, enseñando el respeto inviolable a la propiedad, el acatamiento al mérito i a la honradez, i la practica de las virtudes morales religiosas [...] quiere combatir los sistemas que hacen de las necesidades el termómetro i la base del derecho de los hombres, porque estos sistemas son la vorajine que amenaza al orbe entero" (pág. 29).

Mientras que Afanador le da un tono de lucha de clases a sus escritos, denunciando a los miembros de la nobleza con un enjundioso tono polémico, sus opositores se valen de los ataques personales, siendo muy cuidadosos de responder a la argumentación central de Afanador sobre la democracia.

Al final triunfaron los nobles. Se puede decir que el libro reseñado tiene el mérito adicional de ser el testimonio histórico de una derrota, ya vislumbrada en esos instantes pero materializada dos años después con el fallido gobierno del general José María Melo. No es de extrañar que Afanador fuera seguidor de Melo, aunque en el momento de los sucesos posteriores a abril de 1854 no estuviera en San Gil sino en Bogotá. De todas maneras, sus simpatías estuvieron con el gobierno artesanal y no con el bando de liberales y conservadores. No se sabe a ciencia cierta cuál fue el nivel de actividad política de Afanador en ese acontecimiento, pero lo que sí está claro es que después no tendrá ningún papel político destacado, a lo mejor porque su pasado era demasiado comprometedor frente a los triunfadores del bipartidismo. Afanador murió por allá en los años 1860, no se sabe la fecha exacta, siendo cura de parroquia de un municipio de Cundinamarca.

El libro considerado fue la principal incursión literaria de Afanador,

que deja un grato sabor por el tono polémico y directo empleado, tan desconocido en nuestro medio intelectual contemporáneo. La argumentación que en ese texto se encuentra sobre la democracia sigue teniendo vigencia, en la medida en que la democracia integral, predicada allí, todavía está por realizarse en nuestro país, y que los términos del debate siguen siendo casi iguales a los de hace siglo y medio: democracia como ritual teórico y formal sin tocar las esferas del poder económico ni afrontar la desigualdad social, o comprensión de la democracia como un universo amplio que abarca todos los aspectos de la vida del hombre y que no puede ser reducido al ámbito puramente político e institucional. Ese debate sigue siendo de perenne actualidad y más en época de Constituyente.



Para terminar, podemos decir que el libro está lujosamente editado, aunque con bastantes errores de impresión, sobre todo en las primeras veinte páginas. A diferencia de la edición original, en ésta se le agregaron las respuestas de la nobleza de San Gil, que permite conocer las dos posiciones del debate, aunque en la publicación de esta parte también existieron infortunados descuidos editoriales, al no consultar rigurosamente los materiales originales. Como sugerencia para ediciones futuras, se debería tener en cuenta que no hay que rendirle tanto culto a la forma, preservando la ortografía —e incluso los errores ortográficos— de la época, pues eso hace muy pesada la lectura y ahuyenta lectores. La actualización de la ortografía no

le quita ni el sabor original ni le resta alcance a un texto publicado hace mucho tiempo. Por el contrario, eso lo hace mucho más atrayente para aquellos lectores de hoy que estén interesados vivamente en conocer valiosas obras de nuestra desconocida historia.

RENÁN VEGA CANTOR

- \* Hemos ampliado las consideraciones sobre la noción de democracia que profesaban diferentes sectores de las clases subalternas en nuestro trabajo *Revolución francesa: simbología y movimiento popular* (Bogotá, 1989), próximo a ser publicado.

## Una historia de reyes, batallas, ministerios, tratados, etcétera ya no satisfacen en la actualidad

Santander. Escritos y ensayos

José María de Mier  
Universidad Externado de Colombia, Bogotá,  
1990, 238 págs.

Toda ciencia evoluciona, y la historia, como tal, debe ser así trabajada. Por tanto, no pueden ser tomados los hechos y documentos como dogmas para hacer del estudio de ella "un aprendizaje memorístico y pasivo, porque esto no favorece una capacidad de reflexión ni sobre el devenir histórico ni sobre la construcción de los hechos históricos, que presentan como datos concretos con significación propia, que 'hablan por sí solos' que son así y no pueden ser de otra manera y que, por lo tanto, no necesitan ser explicados sino recitados" <sup>1</sup>.

El planteamiento anterior es muy claro, porque la práctica contraria a esto delimita el pensamiento y emascula la posibilidad de extensión